

— No tengo.

— ¡Cómo! ¡ni siquiera un calesin! yo no soy delicado, como usted ve.

— Este es un pueblo pequeño. Lo único que tengo allí en la cochera es una carretela vieja, que pertenece á un señor del pueblo, que me la ha dado á guardar, y que suele servirse de ella cada treinta y seis meses. Yo se la alquilaría á usted, ¿qué se me da á mí de eso? pero sería preciso que su amo no la viera pasar; y despues, como es una carretela, se necesitarian dos caballos.

— Tomaré dos caballos de posta.

— ¿Adónde se dirige usted?

— Á Arras.

— ¿Y desea usted llegar allá hoy mismo?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Tomando caballos de posta?

— ¿Por qué no?

— ¿Le sería á usted igual llegar en la noche siguiente, á las cuatro de la mañana?

— ¡Nada de eso!

— Es que, vea usted bien, hay que tener presente una cosa: tomando caballos de posta... — ¿Usted llevará su pasaporte?

— Sí.

— Pues bien, tomando caballos de posta, no podrá usted llegar á Arras ántes de mañana. Aquí estamos en un camino transversal. Las paradas son mal servidas, los caballos están en el campo. Ahora principia la estacion de las grandes labranzas; se necesitan muchos tiros, y se toman caballos de todas partes, de la posta como de los demas sitios. Lo ménos tendrá usted que esperar tres ó cuatro horas en cada parada. Y despues, se marcha al paso. Hay muchas cuestas que subir.

— Vamos, iré á caballo. Desenganche usted el cabriolé. Siempre me venderán en este pueblo una silla.

— Sin duda, pero ¿es que este caballo aguantará la silla?

— Es verdad, usted me hace pensar en ello, no la aguanta.

— Entónces...

— ¿Pero hallaré en el pueblo un caballo de alquiler?

— ¿Un caballo para ir á Arras de una tirada?

— Sí.

— Para eso se necesitaria un caballo como no los hay en nuestro país. En primer lugar, tendría usted que comprarle, puesto que no le conocen. Pero ni comprado, ni alquilado, ni por quinientos francos, ni por mil, no le hallaria usted!

— ¿Y cómo me arreglaré entónces?

— Lo mejor que hay que hacer, hablándole á usted como habla un hombre de bien, es que yo le componga la rueda, y aplace usted su viaje para mañana.

— Mañana sería demasiado tarde.

— ¡Diantre!

— ¿No hay tambien la mala-posta que va á Arras?

— ¿Cuándo pasará por aquí?

— En la noche próxima. Las dos malas hacen el servicio de noche, la que sube como la que baja.

— ¡Cómo! ¿y necesita usted un dia para componer esta rueda?

— ¡Un dia, y largo!

— ¿Empleando dos operarios?

— ¡Empleando diez!

— Y si se sujetasen los rayos con cuerdas?

— Los rayos, sí; pero el cubo no. Y ademas, la llanta está tambien en muy mal estado.

— ¿No hay un alquilador de carruajes en la villa?

— No.

— ¿Ni habrá tampoco otro carretero?

El mozo de la posada y el maestro carretero respondieron al mismo tiempo y meneando la cabeza:

— No.

Entonces experimentó él una inmensa alegría.

Era evidente que la Providencia se mezclaba en lo que estaba sucediendo. Ella era la que había roto la rueda del tilbury y le detenía así en medio del camino. Él no se había rendido á aquella especie de primera intimación; acababa de hacer todos los esfuerzos posibles para continuar su viaje; había agotado todos los medios, leal y escrupulosamente; no había retrocedido ni ante la estación, ni ante el cansancio, ni ante los gastos; nada tenía que reprocharse. Si no pasaba más adelante, ya esto no le incumbía á él! No era por culpa suya; era, no la obra de su conciencia, sino el hecho de la Providencia.

Respiró. Respiró libremente y con todos sus pulmones por la vez primera desde la visita de Javert. Parecía que la mano de hierro que le oprimía el corazón hacía veinte horas, acababa de soltarle.

Parecía que ahora estaba Dios por él, y se declaraba en su favor.

Dijo para sí que había hecho todo cuanto podía, y que ahora ya no tenía que hacer otra cosa sino volverse hácia atrás tranquilamente.

Si su conversacion con el carretero hubiera tenido lugar en algun cuarto de la posada, no habría tenido testigos, nadie la habría oído, las cosas habrían quedado en tal estado, y es probable que nosotros no habríamos podido referir ninguno de los acontecimientos que van á leerse ahora; pero esta conversacion se tuvo en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un grupo. Siempre hay gentes ávidas de ser espectadoras de algo. Mientras que cuestionó así al carretero, alguno transeuntes

se habían parado al rededor de ellos. Después de haber escuchado durante algunos minutos, un muchacho en quien nadie había fijado la atención se destacó del grupo corriendo.

En el momento en que el viajero, después de la deliberación interior que acabamos de indicar, tomaba la resolución de desandar su camino, aquel muchacho volvió. Venía acompañado de una anciana.

— Caballero, dijo la vieja, mi hijo me ha dicho que usted desea alquilar un cabriolé?

Estas palabras, tan sencillas, pronunciadas por una anciana que conducía un niño, le hicieron sudar los riñones. Creyó ver la mano que le había soltado, la cual reaparecía en la sombra detrás de él, dispuesta á volverle á coger.

Respondió:

— Sí, buena mujer, busco un cabriolé alquilado.

Y se apresuró á añadir:

— Pero no le hay en el pueblo.

— Sí tal, dijo la vieja.

— ¿Pues dónde? repuso el carretero.

— En mi casa, replicó la anciana.

Se estremeció. La mano fatal le había asido de nuevo.

En efecto, la vieja tenía bajo un cobertizo una especie de calesa de mimbres. El carretero y el mozo de la posada, desolados de ver que el viajero se les escapaba, intervinieron en seguida.

— Aquello era un carromato indecente, — que se apoyaba crudamente sobre el eje, — es verdad que las banquetas estaban suspendidas en el interior con correas, — llovía dentro, — las ruedas estaban llenas de herrumbre y corroidas por la humedad, — aquello no iría mucho más lejos que el tilbury, — un verdadero patache! — Aquel caballero haría muy mal en embarcarse en él, etc., etc.

Todo esto era verdad, pero aquel carromato, aquel pa-

tache, aquella cosa, cualquiera que fuese, rodaba sobre sus dos ruedas y podía ir á Arras.

Pagó lo que le pidieron, dejó el tilbury al carretero para que le compusiera y encontrarle listo á su vuelta, hizo enganchar el caballo blanco á la calesa, subió en ella, y prosiguió el camino que llevaba desde aquella mañana.

En el momento en que el calesin se movió, confesó el para sí que habia tenido pocos minutos ántes cierta alegría al pensar que no iría adonde iba. Examinó aquella alegría con una especie de ira y la halló absurda, ¿Por qué habria de alegrarse de volver atras? Sobre todo, él hacia este viaje libremente. Nadie le obligaba á ello.

Y en verdad que nada sucederia sino lo que él quisiera que sucediese.

Al tiempo de salir de Hesdin, oyó una voz que le gritaba: ¡Alto! ¡alto! Detuvo la calesa con un movimiento vivo en el cual habia aún algo de febril y convulsivo que se parecia á la esperanza.

Era el muchachito de la vieja.

— Caballero, le dijo, yo soy el que le procuró á usted la calesa.

— ¿Y bien?

— No me ha dado usted nada.

Él, que á todo el mundo daba, y con tanta facilidad, halló casi odiosa esta pretension.

— ¡Ah! eres tú, ¿perillan? le dijo, pues nada tendrás.

Sacudió un latigazo al caballo y volvió á marchar á gran trote.

Habia perdido mucho tiempo en Hesdin, y hubiera él querido ganarle. La jaquita era valiente y tiraba como dos; pero era el mes de Febrero, habia llovido, y los caminos estaban en muy mal estado. Además, ya no era el tilbury. La calesa era dura y muy pesada, y habia que subir muchas cuestas.

Cerca de cuatro horas invirtió para ir de Hesdin á Saint-Pol. Cuatro horas para cinco leguas.

Llegado á Saint-Pol, desanganchó en la primera posada que encontró, é hizo que llevaran la hacanea á la caballeriza. Como se lo habia prometido á Scaufflaire, se instaló junto al pesebre mientras que el caballo comia. Cavilaba siempre, con ideas confusas y tristes.

La mujer del mesonero entró en la caballeriza.

— ¿Es que este caballero no quiere almorzar?

— ¡Toma! es verdad, dijo, y aún tengo buen apetito.

Siguió á aquella mujer, que tenía un rostro fresco y lleno de satisfaccion. Ella le condujo á una sala baja donde habia unas mesas cubiertas con hules que las servian de mantel.

— Despáchese usted, la dijo, es preciso que vuelva pronto á continuar mi viaje. Estoy muy de prisa.

Una criada flamenca le trajo el cubierto con toda premura. Miraba él á aquella muchacha con un sentimiento de bienestar y de gozo.

— Esto es lo que yo tenia, dijo para sí: que no me habia desayunado.

Sirviéronle el desayuno. Se precipitó á tomar el pan, mordió en él un bocado, en seguida le volvió á poner muy despacio sobre la mesa y no le tocó ya más.

Un carromatero estaba comiendo en una mesa inmediata. Preguntó á este hombre:

— ¿Por qué tendrán estas gentes un pan tan amargo?

El carromatero era alemán y no le comprendió.

Volvióse á la caballeriza, junto á su jaca.

Al cabo de una hora habia salido de Saint-Pol, dirigiéndose hácia Tinqués, que no dista más de cinco leguas de Arras.

¿Qué hacia él durante esta travesía? ¿En qué pensaba? Lo mismo que habia hecho por la mañana; miraba cómo

pasaban los árboles, los techos de las cabañas, los sembrados, y los desvanecimientos del paisaje que se transforma y se disloca en cada recodo del camino. Género de contemplación que á veces es suficiente al alma, y que casi la distrae de pensar. Ver mil objetos por primera y por última vez: ¡qué cosa más melancólica ni más profunda! Viajar, es nacer y morir á cada instante. Quizá allá en la más vaga región de su espíritu hacia él comparaciones entre aquellos mudables horizontes y la existencia humana. Todas las cosas de la vida están perpetuamente en fuga ante nosotros. La oscuridad y la claridad se mezclan. Después de un deslumbramiento, viene un eclipse; mira uno, se agita, se apresura, alarga las manos para coger lo que pasa; cada acontecimiento es un recodo del camino; y de repente es uno viejo. Se experimenta como una sacudida, todo es negro, distínguese una puerta oscura, y el sombrío corcel de la vida que nos conducía, se detiene. Y se ve á un ser velado y desconocido que desengancha en las tinieblas.

Caía el crepúsculo en el momento en que unos niños que salían de la escuela vieron á aquel viajero entrar en Tinqués. Es verdad que todavía eran los días cortos del año. No se detuvo en este pueblo. Al salir de él un peon caminero que estaba empedrando la calzada levantó la cabeza y dijo:

— Hé ahí un caballo bien cansado.

Con efecto, la pobre bestia ya no iba sino al paso.

— ¿Es que va usted á Arras? añadió el operario.

— Sí.

— Si va usted á ese paso no llegará temprano.

— Hizo parar el caballo y preguntó al caminero:

— ¿Cuánto hay aún de aquí á Arras?

— Cerca de siete leguas, y son bien largas.

— ¿Pues cómo? el libro de postas sólo marca cinco leguas y un cuarto.

— ¡Ah! repuso el caminero, conque usted no sabe que la ruta se está reparando? Va usted á hallarla cortada á un cuarto de hora de aquí. No hay medio de poder ir más allá.

— ¿De veras?

— Tomará usted á la izquierda, el camino que va á Carency, y pasará la ribera; cuando llegue usted á Camblin, volverá hácia la derecha; es la ruta de Mont-Saint-Eloy que conduce á Arras.

— Pero va á ser de noche, me perderé!

— ¿No es usted del país?

— No.

— Pues el caso es que todo es camino de atajo. — Oiga usted, caballero, dijo el operario, ¿quiere usted que le dé un consejo? Su caballo de usted está cansado; vuélvase usted á Tinqués. Ahí hay una buena posada. Pase usted en ella la noche; y mañana irá á Arras.

— Es preciso que esté yo allá esta noche.

— Eso es distinto. Entónces, vaya usted también á esa posada y tome un caballo de refuerzo. El mozo del caballo le guiará á usted en el camino de atajo.

— Siguió el consejo del caminero, volvió atrás, y media hora después pasaba nuevamente por el mismo sitio, pero á gran trote, con un buen caballo de refuerzo. Un mozo de cuadra que se titulaba postillon iba sentado en la lanza de la calesa.

Sin embargo, conocía él que perdía tiempo.

Era ya noche oscura.

Penetraron en la travesía. El camino que seguían era atroz. La calesa tropezaba de uno en otro bache; pero él dijo al postillon:

— Siempre al trote, y habrá doble propina.

En un vaiven se rompió la bolea.

— Señor, dijo el postillon, ya se ha roto la bolea, y no sé cómo enganchar el caballo; este camino es muy malo

para de noche; si usted quiere volverse á pasar la noche en Tinqués, mañana tempranito podremos llegar á Arras.

— ¿Tienes ahí, preguntó al mozo, un pedazo de cuerda y un cuchillo?

— Sí, señor.

Cortó una rama de árbol, y con ella hizo una bolea.

Este incidente produjo aún una pérdida de veinte minutos; pero volvieron á emprender la marcha al galope.

La llanura era tenebrosa. Nieblas bajas, reducidas y negras se arrastraban sobre las colinas y se desprendían de ellas en forma de humo. Las nubes mostraban ciertos resplandores blanquizcos. Un viento fuerte, que venía del mar, producía en todos los ángulos del horizonte el ruido de alguien que remueve unos muebles. Todo cuanto se veía presentaba actitudes de terror. ¡Cuántas cosas que estremecen bajo esos inmensos hálitos de la noche!

El frío le penetraba. Nada había comido desde la víspera. Recordaba vagamente la otra expedición nocturna por la grande llanura de las cercanías de D., diez años ántes; y le parecía que era ayer.

Un campanario lejano dió la hora. Preguntó al mozo:

— ¿Qué hora es esta?

— Las siete, señor, á las ocho estaremos en Arras. Ya no nos faltan más que tres leguas.

En este momento hizo por primera vez la siguiente reflexión, extrañando mucho que no se le hubiera ocurrido ántes:

— Que tal vez era inútil todo el trabajo que se tomaba: que ni siquiera sabía la hora del proceso; que á lo ménos habría debido informarse de esto; que era extravagante ir así con tanta premura, sin saber si esto serviría de algo. — En seguida se puso á bosquejar algunos cálculos en su mente: — que, de ordinario, las sesiones en los tribunales de audiencia comenzaban á las nueve de la

mañana; — que no debía ser largo aquel debate; — que el robo de las manzanas sería asunto muy breve; — que despues no habría más que una cuestion de identidad; — cuatro ó cinco declaraciones, poca materia para hacer hablar á los abogados; — y que él iba á llegar cuando todo estaria ya concluido!

El postillon daba de latigazos á los caballos. Habían pasado ya el río, dejando tras sí á Mont-Saint-Éloy.

La noche se hacía cada vez más oscura.

VI

SOR SIMPLICIA PUESTA Á LA PRUEBA

Entre tanto, Fantina, en este mismo momento, se hablaba en la mayor alegría.

Había pasado muy mala noche. Tos horrorosa, recargo de calentura; y había soñado mucho. Por la mañana, al visitarla el médico, estaba delirando. Habíase mostrado el doctor lleno de alarma y recomendado que le avisaran en cuanto llegase el señor Magdalena.

Durante toda la mañana, estuvo triste, habló poco, se entretenía en arrugar las sábanas, murmurando en voz baja ciertos cálculos que tenían trazas de ser cálculos de distancias. Tenía los ojos hundidos y fijos. Parecían casi apagados, y después, en ciertos momentos, se reanimaban, y resplandecían como estrellas. Parece que al acercarse cierta hora sombría, la claridad del cielo inunda á aquellos seres á quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia la preguntaba cómo se hablaba, ella respondía invariablemente: — Bien. Yo quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses ántes, en aquel momento en que Fantina acababa de perder su último pudor, su última vergüenza y su postrera alegría, era ella la sombra de sí misma; ahora, era su propio espectro. El mal físico había completado la obra del mal moral. Aquella criatura de veinte y cinco años tenía la frente arrugada, las mejillas flojas, la nariz estrecha, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros débiles, el cutis terroso, y sus blondos cabellos mezclados con cabellos grises. ¡Oh! ¡cómo la enfermedad irrovisa la vejez!

Á las doce volvió el médico, prescribió varias cosas, se informó de si el señor alcalde había venido á la enfermería, y meneó la cabeza.

El señor Magdalena acostumbraba á venir á ver á la enferma á las tres de la tarde; y como la exactitud era bondad, era él siempre exacto.

Á eso de las dos y media, empezó Fantina á agitarse. En el espacio de veinte minutos lloró más de diez veces á la religiosa: — Hermana, ¿qué hora es?

Dieron las tres. Á la tercera campanada, Fantina, que de ordinario apenas podía removerse en la cama, se incorporó y se sentó en ella; juntó sus manos descarnadas y amarillas con cierta presión convulsiva, y la religiosa oyó salir de su pecho uno de esos suspiros profundos que parecen soliviar un abatimiento. En seguida Fantina se volvió, y miró hácia la puerta.

Nadie entró, la puerta continuó cerrada.

Así permaneció la enferma durante un cuarto de hora, con la vista fija en la puerta, inmóvil y como conteniendo la respiración. La monja no se atrevía á hablarla. Las tres

y cuarto se oyeron en el reloj de la iglesia. Fantina se dejó caer sobre la almohada.

Sin decir una palabra, volvió á hacer arrugas en la sábana.

Pasó media hora y despues una, sin que nadie viniera; cada vez que el reloj sonaba, Fantina se incorporaba y miraba hácia la puerta; despues volvía á caer postrada.

Su pensamiento se veía bien claro, pero no pronunciaba ningún nombre, no se quejaba, no acusaba á nadie. Sólo que tosía de una manera lúgubre. Diríase que algo oscuro descendía sobre ella. Estaba lívida y tenía los labios azules. Sonreía por momentos.

Dieron las cinco. Entónces la religiosa la oyó decir en voz muy baja y suave: — Pero puesto que yo me voy mañana, él hace mal en no venir hoy!

La misma sor Simplicia estaba sorprendida de la tardanza del señor Magdalena.

Entre tanto Fantina miraba al cielo desde su cama, dando visibles muestras de querer recordar algo; cuando de improviso se puso á cantar con una voz débil como el hálito. La monja escuchaba. Hé aquí lo que cantó Fantina:

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas. Los acianos son azules, las rosas color de rosa, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Con manto bordado vino ayer la virgen Maria junto á mi estufa; y me dijo: — Hé aquí, oculta bajo mi velo, la criatura que me habías pedido. — Ve corriendo á la ciudad, compra tela, compra hilo, compra un dedal.

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas.

Mi buena y santa Virgen, junto á mi estufa he puesto una cuna adornada con cintas; aunque Dios me diera su más hermosa estrella, yo prefiero la niña que tú me has dado. — ¿Señora, qué haremos con esta tela? — Haced el ajuar para mi recién nacida.

Los acianos son azules, las rosas color de rosas, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Lavad esta tela. — ¿Dónde? En la ribera, haced con ella, sin mancharla, sin echar nada á perder, una linda falda con su justillo que yo quiero bordar y sembrar de flores. — Ya no está ahí la niña, señora, ¿qué haremos con esto? — Haced una mortaja para enterrarme.

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas. Los acianos son azules, las rosas color de rosa, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Esta canción era una antigua romanza con la cual solía ella en otro tiempo dormir á su Coseta, cuando era niña, meciéndola en la cuna, y que nunca le había venido á la memoria durante los cinco años que no tenía ya consigo á su niña. Cantaba esto con una voz tan triste y con una entonación tan suave y tan dulce, que era capaz de hacer llorar, hasta á una monja. La hermana de caridad, acostumbrada á las cosas austeras, sintió sin embargo brotarle una lágrima.

El reloj dió las seis. Fantina no manifestó indicios de haberlas oído. Parecía que ya no prestaba atención á ninguna cosa de las que la rodeaban.

Sor Simplicia envió á una sirvienta á que se informara de la portera de la fábrica si el señor alcalde había entrado, y si no subiría pronto á la enfermería. La muchacha subió á los pocos minutos.

Fantina estaba siempre inmóvil, y parecía atenta á ciertas ideas que la preocupaban.

La sirvienta refirió en voz muy baja á sor Simplicia cómo el señor alcalde se había marchado áun ántes de las seis de la mañana, en un tilbury tirado por un caballo blanco, á pesar de los frios que hacían; que se había ido solo, hasta sin cochero; que se ignoraba qué camino habría tomado; que algunas personas decían haberle visto salir por el camino de Arras, mientras que otras aseguraban haberle encontrado en el camino de París. Que al marchar, había es-

tado, como de costumbre, muy afable, y que sólo había dicho á la portera que no le esperasen para esta noche.

Mientras que las dos mujeres, vueltas de espaldas á la cama de la Fantina, cuchicheaban, la hermana preguntando, la criada conjeturando, Fantina, con esa vivacidad febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, que combina los movimientos libres de la salud con la espantosa extenuación de la muerte, se había arrodillado sobre la cama, y apoyando sus manos arrugadas sobre el almohadon, pasó la cabeza por la abertura de las cortinas y se puso á escuchar lo que decían. De repente exclamó :

— ¡ Están ustedes hablando del señor Magdalena ! ¿ Por qué hablan así tan bajo ? ¿ qué hace ? por qué no viene ?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre ; y volvieron la vista asustadas.

— ¡ Respondan ustedes ! gritó Fantina.

La criada dijo en tono balbuciente :

— Me ha dicho la portera que el señor no podría venir hoy.

— Hija mia, dijo la hermana, estése usted sosegada, vuélvase á acostar.

Sin cambiar de actitud, Fantina continuó en alta voz y con un acento imperioso y desgarrador á la vez :

— ¿ Que no podrá venir ? ¿ Y por qué ? Ustedes saben la causa, y la estaban ahí cuchicheando las dos. Yo quiero saberla.

La criada se apresuró á decir al oído á la religiosa : — Responda usted que está ocupado en el consejo municipal.

Sor Simplicia se puso ligeramente encarnada ; lo que la criada la proponía era una mentira. Por otra parte, veía ella bien que si se le decía la verdad á la enferma, sería para esta sin duda un golpe terrible, lo que era muy grave en la situación en que Fantina se hallaba. Este sonrojo le

duró muy poco. La monja dirigió hácia Fantina una mirada serena y triste, y la dijo :

— El señor alcalde ha marchado.

Fantina se incorporó y se sentó sobre los talones. Sus ojos centelleaban. En aquella fisonomía dolorosa radiaba una alegría inaudita.

— ¡ Ha marchado ! exclamó. — Ha ido en busca de mi Coseta !

Después extendió ambas manos hácia el cielo y todo su semblante apareció inefable. Sus labios se movían ; estaba orando en voz baja.

Luégo que hubo terminado su oración : — Hermana, dijo, ya quiero volverme á acostar, y voy á hacer todo cuanto se me diga ; hace poco, me sído mala, la pido á usted perdon porque hablé tan alto ; he hecho muy mal en hablar alto, bien lo sé, mi buena hermana ; pero vea usted, estoy muy contenta. Dios es bueno, el señor Magdalena es bueno ; figúrese usted que ha ido por mi Coseta á Montfermeil.

Volvió á acostarse, ayudó á la religiosa á arreglar la almohada y besó una crucecita de plata, que tenía puesta al cuello, la cual le había sido dada por sor Simplicia.

— Hija mia, dijo la hermana, ahora procure descansar y no hable ya más.

Fantina tomó con sus manos sudosas la mano de la religiosa, quien sufría mucho de sentir aquel sudor.

— Ha marchado esta mañana para ir á París. En realidad, él no necesita pasar por París. Montfermeil está un poco á la izquierda, viniendo. Se acuerda usted cómo me decía él ayer, cuando yo le hablaba de Coseta : ¿ pronto, pronto ? Es una sorpresa que quiere hacerme. ¿ No sabe usted ? él me hizo firmar una carta para que la entregaran los Thénardier. Ello, no tendrán nada que replicar. ¿ no es verdad ? entregarán mi Coseta. Para eso están pagados. Las

autoridades no tolerarian que se guardaran una niña cuando se les ha pagado ya. Hermana, no me haga usted señas para que me calle. Yo soy en extremo dichosa, estoy ya muy bien, no tengo mal ninguno, voy á volver á ver á mi Coseta; y áun tengo mucha hambre. Va á hacer cinco años que no la veo. ¡Ustedes no se figuran cómo la interesan á una y la ligan los niños! Y despues, estará tan linda! ya la verán ustedes. Si ustedes supieran, ¡tiene unos deditos color de rosa tan bonitos! desde luégo ella tendrá unas manos preciosas. Á la edad de un año, tenía unas manos ridículas. ¡Así! — Ahora ya deberá ser grande. ¡Tiene sus siete años! Es una niña. Yo la llamo Coseta, pero su nombre es Eufrosia. Vea usted, esta mañana, estaba yo mirando el polvo que habia sobre la chimenea, y me ocurrió al instante la idea de que volveré á ver muy pronto á Coseta, ¡Jesus! que mal hace una en estar así tantos años sin ver á sus hijos! ¡deberíamos reflexionar que la vida no es eterna! ¡Oh! qué bueno es el señor alcalde, que se ha marchado! y en verdad, que hace mucho frio! á lo ménos, ¿llevaria la capa? mañana estará aquí, ¿no es verdad? mañana será fiesta. Hermanita, mañana por la mañana, me recordará usted que he de ponerme mi gorra la que tiene encaje. Montfermeil, es un país. En otro tiempo anduve yo aquel camino á pié. Para mí fué bastante largo. ¡Pero las diligencias van muy de prisa! mañana llegará él aquí con Coseta. ¿Cuánto hay desde aquí á Montfermeil?

La religiosa, que no tenía ninguna idea de las distancias, respondió: — ¡Oh! ya lo creo, que podrá estar aquí mañana.

— ¡Mañana! ¡mañana! dijo Fantina, ¡veré á Coseta mañana! ve usted, mi buena hermana en Cristo, ya no estoy enferma. Estoy loca. Bailaria, si quisieran.

Quien la hubiera visto un cuarto de hora ántes, nada habria comprendido de todo esto. Ahora tenía un hermoso

color de rosa, hablaba con una voz viva y natural, y todo su semblante era una sonrisa. En ciertos momentos reia, hablándose en voz baja. Gozo de madre, es casi gozo de niño.

— ¡Ea bien! la dijo la monja, ya es usted dichosa; ahora obedézcame, y no hable ya más.

Fantina apoyó la cabeza en la almohada y dijo á média voz: — Sí, vuélvete á acostar, ten juicio, puesto que vas á tener tu niña. Tiene mucha razon sor Simplicia. Todos los que están aquí tienen razon.

En seguida, se puso á mirar en todas direcciones, con sus grandes ojos abiertos, y con semblante alegre, pero sin agitarse, sin remover siquiera la cabeza, y sin pronunciar ni una sola palabra.

La hermana corrió las cortinas de la cama, esperando que se adormecería.

El médico volvió entre siete y ocho. Como no oía ruido ninguno, creyó que Fantina estaba durmiendo; entró despacito y se aproximó á la cama, andando sobre las puntas de los piés. Entreabrió las cortinas, y al resplandor de la lamparilla vió los grandes y serenos ojos de Fantina que miraban.

— ¿Es verdad, doctor, — le dijo, — que me la dejarán acostar junto á mí, en una camita?

El médico creyó que estaba delirando. Y ella añadió:

— Mire usted, sino, hay justo el espacio necesario para olocarla.

Habló aparte el facultativo con sor Simplicia, quien le explicó lo que pasaba: que el señor Magdalena se habia sentado por un día ó dos, y que, en la duda de lo que sería, se habia creído conveniente el no sacar del engaño á la enferma, la cual estaba muy persuadida de que el señor alcalde habia ido á Montfermeil; siendo sin embargo muy posible que ella hubiese adivinado la verdad acerca del ob-

jeto de tan improvisado viaje. El doctor aprobó esta manera de obrar con la enferma.

Después se acercó á la cama de Fantina, la cual prosiguió diciéndole, en cuanto le vió:

— Es que, ya usted ve, por las mañanas, cuando ella despierte, yo la daré los buenos días á mi pobre angelito, y por la noche, como yo no duermo, la oiré dormir á ella. Su respiracioncita, tan suave y tan dulce, me hará mucho bien.

— Déme usted su mano, la dijo el médico.

Ella le extendió el brazo y exclamó riendo:

— ¡Ah! vaya! es verdad, con que usted no sabena nada! es que ya estoy buena del todo. Coseta llega mañana.

El médico se sorprendió mucho. La encontró mejor. La opresion no era tan fuerte. El pulso habia cobrado fuerza. Una especie de vida que habia sobrevenido de repente reanimaba á aquel pobre sér extenuado.

— ¿Señor doctor, le dijo, le ha dicho á usted la hermana que el señor alcalde habia ido en busca de mi pequenita?

El médico recomendó el mayor silencio, y que se evitase toda emocion penosa. Prescribió una infusion de quina pura, y para el caso en que repitiera la calentura aquella noche, una pocion calmante. Al marcharse dijo á la religiosa: ~ Va mejor. Si tuviéramos la dicha de que, en efecto, llegase mañana el señor alcalde con la niña. ¿quién sabe? ¡hay crisis tan extrañas! hase visto á veces una grande alegria cortar enteramente una enfermedad; yo bien sé que esta es enfermedad orgánica, y muy adelantada; pero es todo eso tan misterioso! Tal vez la salvaríamos.

VII

LLEGADO EL VIAJERO, TOMA SUS PRECAUCIONES PARA VOLVERSE Á MARCHAR

Cerca de las ocho de la noche eran ya, cuando la calesa que hemos dejado en camino entraba por la puerta de hôtel de la Posta, en Arras. El hombre á quien hemos seguido hasta este momento, se apeó de ella, respondió con ademan distraido á las solícitas preguntas de las gentes del parador, despidió el caballo de refuerzo, y condujo el mismo la hacanea blanca á la caballeriza; en seguida empujó la puerta de una sala de billar que se hallaba en el piso bajo, se sentó allí y se apoyó de codos sobre una mesa. Catorce horas habia invertido en hacer aquella travesia que contaba haber hecho en seis horas solamente. Hacíase él sin embargo la justicia de decir que no era por culpa suya; pero, en el fondo, no lo sentia.

El ama del hôtel entró:

— ¿Es que este caballero quiere cenar? quiere acostarse?

Respondió con un signo de cabeza negativo.

— El mozo de la caballeriza dice que su caballo de usted está muy cansado.

Entonces rompió él el silencio.

— ¿Es que mi caballo no podrá marchar mañana por a mañana?

— ¡Qué! no, señor! necesita, á lo ménos, dos días de reposo.

Entonces preguntó él:

— ¿No es aquí la administracion de correos?

— Sí, señor.

El ama le condujo al despacho; enseñó su pasaporte y se informó de si podría volverse aquella misma noche á M. en silla de postas; el asiento de al lado del correo se hallaba por casualidad vacante; le retuvo para sí y le pagó inmediatamente. — Caballero, le dijo el empleado de la administracion, no deje usted de hallarse aquí para marchar á la una de la mañana en punto.

Hecho esto, salió del hôtel y empezó á andar por la ciudad.

No conocia á Arras; las calles estaban en la mayor oscuridad, y él marchaba á la ventura. Sin embargo, parecia obstinarse en no querer preguntar su camino á los transeuntes. Atravesó el riachuelo llamado Crinchon, y se halló en un dédalo de calles estrechas donde se perdió al fin. Encontró á un paisano que caminaba con un farol. Después de algunos momentos de hesitacion, tomó el partido de dirigirse á aquel vecino, no sin haber mirado ántes detras y delante de él, como si temiera que álguien oyese la pregunta que iba á hacerle.

— ¿Caballero, le dijo, me hará usted el favor de decirme dónde está el palacio de justicia?

— Usted no es de la ciudad, caballero, respondió el vecino, que era un hombre bastante anciano; pues bien, sí-

game usted. Precisamente yo voy hácia el lado del palacio de justicia, es decir, hácia el hôtel de la prefectura. Pues están haciéndose ahora ciertas reparaciones en el palacio, y los tribunales celebran provisionalmente sus audiencias en la prefectura.

— ¿Y allí tambien se celebra la audiencia?

— Sin duda, caballero, vea usted, lo que hoy es la prefectura era el obispado ántes de la revolucion. Monseñor de Conzié, que era obispo en mil setecientos noventa y dos, hizo construir una gran sala, que es donde ahora se celebran las audiencias.

Mientras que caminaban juntos, le dijo el vecino:

— Si lo que usted quiere ver es un proceso, ya es algo tarde, pues ordinariamente las audiencias concluyen á las seis.

Sin embargo, al desembocar en la plaza mayor, el vecino le mostró cuatro grandes ventanas alumbradas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

— Pues á fe mia, caballero, que llega usted á tiempo, ha tenido usted suerte. ¿Ve usted esas cuatro ventanas? ese es el tribunal de audiencia. Hay luz, luego no ha concluido. Es que habrá algun negocio de largos debates, y se habrá necesitado celebrar audiencia de noche. ¿Se interesa usted en ese asunto? ¿Es acaso algun proceso criminal? ¿Va usted como testigo?

Él respondió:

— No vengo por ningun negocio, sólo necesito hablar á un abogado.

— Eso es diferente, dijo el paisano. Mire usted, caballero, esa es la puerta; donde está el centinela. No tiene usted más que subir la grande escalera.

Se conformó con las indicaciones del vecino, y al cabo de algunos minutos se hallaba en una sala, donde habia